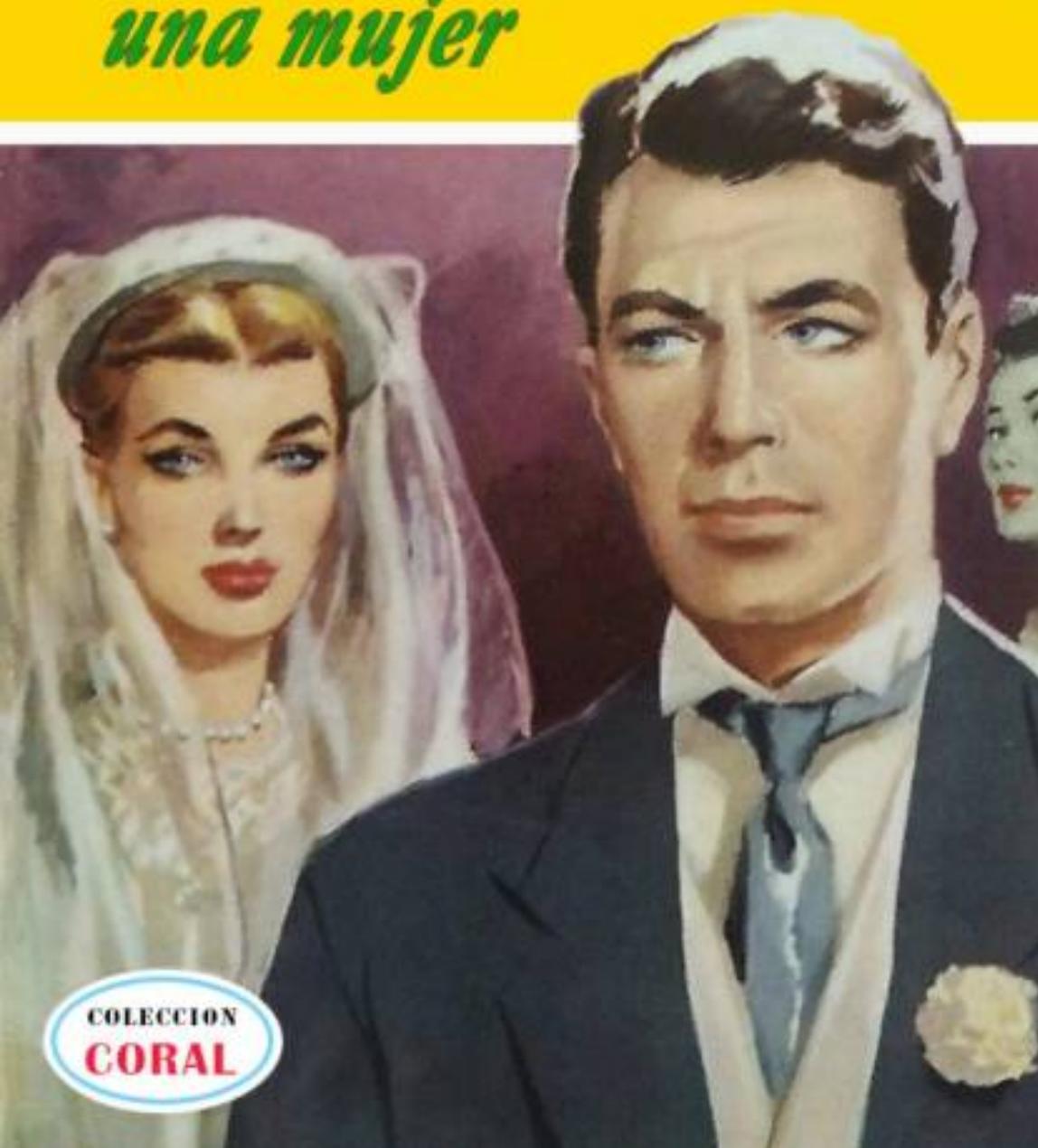


Corín Tellado

*Un hombre y
una mujer*



COLECCION
CORAL

Al quedar viudo, Jusepp Lemaire, jardinero del castillo de los Cutlar, decide partir en busca de una fortuna y posición que ofrecer a sus hijos. Perla, la mayor, es altiva pero frágil, Nemie es noble, humilde y fuerte de espíritu, y Leo, el benjamín, es un inocente bebé. Ahora Jusepp exige a *lady* Cutlar que dé amparo a sus hijos en pago de un viejo favor. En realidad Perla es la sobrina de *milady* nacida en escandalosas circunstancias, y a la que los Lemaire aceptaron como propia, si bien ha sido educada junto al cruel y despótico heredero, Lawrence, que ha jurado desposarla.

Los Cutlar se van a vivir a Londres. Pero diez años después regresan y el joven *lord* queda fascinado con Nemie, convertida en el ideal de mujer. Las convenciones sociales y el orgullo de Perla se interponen pero, por encima de todo, ellos son un hombre y una mujer.

Uno

Jusepp Lemaire contempló de nuevo el rostro un tanto pálido de su esposa, que, ladeado sobre la almohada, parecía más de cera que de carne, y agitó la cabeza con abatimiento. Después, una débil sonrisa entreabrió los labios de la esposa y los dedos ásperos y duros de Jusepp rozaron la carita infantil de su hijo menor.

—Se parece a ti, mi querido Jusepp —susurró la voz femenina.

—Igual dijiste cuando nacieron los otros dos, Alicia. Aunque nunca con tanta justicia como en este instante en que mi pequeño León nos sonrío dulcemente.

—Si yo me muero, Jusepp...

—No digas eso, Alicia —inclinó su cuerpo ancho y fuerte hacia delante y tocó con sus dedos ásperos las mejillas macilentas de su esposa—. Tú no puedes morir, mujer. Tenemos tres hijos, Ali, y debemos vivir para ellos.

—Es una carga demasiado pesada para ti, mi querido Jusepp. Pero Nemie ya es casi una mujercita y te ayudará a criarlos. Ten confianza en Nemie. Tiene siete años pero razona como una mujer.

—Oh, cállate, me haces daño, Alicia.

—Nunca los alejes del castillo, Jusepp —añadió la esposa como si presintiera la muerte—. *Lady Cutlar* los ama y siente por ti un gran afecto. Quisiera que León fuera más tarde tu continuador y que Nemie ocupara el lugar de doncella cerca de nuestra ama. Tú sabes, Jusepp, que Nemie

es dispuesta, delicada y bondadosa. No sufrirá vejaciones en el castillo porque todos la aman, y lejos de él se verá obligada a trabajar excesivamente para su fragilidad de mujer. Oh, Jusepp, no me llores. Tal vez no muera ahora, más debemos estar prevenidos, mi querido Jusepp.

—Calla, calla.

—Cuida de Perla, querido. Es la más frágil de todas. Y tiene un carácter demasiado altivo para su condición humilde. Hay que frenar el ímpetu de Perla, Jusepp. Sus diez años pendencieros y soberbios me dan mucho que pensar. Perla no es adaptable como su hermana. Nunca debiéramos consentir que la prohiciera *lady* Cutlar. Tal vez se cree la dueña absoluta del castillo. Ahora vive en las nubes, pero el día que su vanidad se desmorone, será un golpe demasiado duro para su condición de mujer. Aconséjala, Jusepp. Cuida de que comprenda las cosas y los motivos por los cuales vive ahora en el castillo. Por otra parte, el heredero es demasiado orgulloso, Jusepp. No se parece a su madre. El pequeño *lord* Lawrence es altivo y déspota, como todos los de su rango... Y temo que, algún día. Perla reciba el azote de su orgullo y un desprecio que no merece. —Hizo una pausa y su mano flaca y pálida alisó maquinalmente los cabellos empapados en sudor—. Yo nunca fui partidaria de ceder a Perla. Puede ser heredera de una pequeña dote, pero Nemie no la tendrá y probablemente sea tan feliz o más que su hermana. Yo no quise que *lady* Cutlar la prohiciera, pero tú, Jusepp, no querías contrariarla y tal vez ello redunde en perjuicio de tu hija.

—No te agites, ahora, mi querida Ali. No pienses en esas cosas. *Lady* Cutlar es buena y ama a Perla como si realmente fuera su propia hija, la hija que ha muerto y que jamás podrá recuperar.

—No me aflijo por el daño que *lady* Cutlar pueda causarle, tú lo sabes, Jusepp. Es por lo que puede venir. Por ese pequeño y ya tirano *lord* Lawrence que ocupará un día el lugar que hoy ocupa su madre. ¿Y después, Jusepp?

—Oh, cállate, por favor. Son cosas que están muy lejos aún. No debemos pensar en ello. —Se inclinó hacia delante y puso, sus labios en las mejillas demasiado frías—. Ahora tengo que marchar, Ali. Ha llovido esta noche y el jardín me espera. El chaparrón estropeó plantas y macizos, y esta noche hay recepción en el castillo.

—Vete, Jusepp. Yo no podré levantarme, pero cuando despierte Nemie, le diré desde la cama lo que debe hacer para vuestro almuerzo.

—No te agites, Ali. La cocinera del castillo dijo ayer, cuando vino a verte, que fuéramos a comer todos allá. Deja que Nemie corra por el parque. Es demasiado niña para obligarla a trabajos impropios de su edad.

Besó fervoroso las manos que se tendían hacia él y con las lágrimas prendidas en los párpados, Jusepp Lemaire salió de su casita enclavada en un rincón del inmenso parque cuando el sol apenas si asomaba débil y pálido en un ángulo del inmenso firmamento cuajado de pequeñas nubes blanquecinas.

Con la herramienta en la mano, Jusepp caminó lento y pesado en dirección al jardín. ¡Todos los días, todas las semanas y todos los años igual, exactamente igual que aquel día! Pero antes tenía el consuelo moral de su esposa que, ágil y viva, le ayudaba en su trabajo, disponía la comida, lavaba a los niños. ¡Y Alicia se iba! ¿Para qué engañarse? El lo sabía y, por si lo dudaba, la noche anterior se lo había participado clara y terminantemente el médico del castillo.

Miró en dirección a la gran mole de piedra dura y parduzca. Altivo y señorial se alzaba el castillo en mitad del inmenso bosque. Era grande con sus torres, sus terrazas y sus anchas escalinatas de mármol negro. El castillo de Cutlar era uno de los más antiguos de Inglaterra. Sus dueños, linajudos personajes tan antiguos como la misma vida, imponían a Jusepp. Pero amaba a la dama callada y suave que los protegía bajo su mano de mujer poderosa.

Agitó la cabeza y se inclinó sobre un macizo.

De súbito oyó un grito agudo y, soltando la herramienta, corrió enloquecido hacia la casita. En la puerta estaba Nemie. Menuda, frágil, lindísima, con sus ojos pardos, sus dientes diminutos y los labios apretados con desesperación.

—¡Nemie! —gimió el hombre, con la cabeza hundida sobre el pecho—. Oh, mi querida Nemie.

—Ella cerró los ojos, papá, ¿sabes? Ha muerto.

Un grito desgarrador y Jusepp, aquel hombretón fuerte que parecía invulnerable al dolor, siguió corriendo hacia la estancia, se precipitó sobre el cuerpo de su mujer y sollozó como un niño.

—Nos has dejado solos, Ali —musitó entre sollozos—. Solos cuando más te necesitábamos.

La casita se llenó de criados del castillo. Vino Perla con los ojos muy abiertos, verdes, soberbios. Vino también la misma *lady* Cutlar y hasta el estirado heredero, que contemplaba la escena con cierta indiferencia.

Jusepp, sentado en una silla, con el rostro entre las manos, sollozaba como una criatura. A su lado, con León en brazos, Nemie permanecía muy quieta, muy silenciosa, pero los ojos, aquellos espléndidos ojos pardos, permanecían asombrosamente secos.

Había mucha agitación en la casita. Perla, junto a su madre, lloraba a gritos, desesperadamente. Cauteloso, Lawrence Cutlar se aproximó a la hija del jardinero. La miró con curiosidad. Era un muchachote de catorce años, largo, feo y con los cabellos enmarañados, crespos como las púas de un cepillo de dientes.

—¿Y tú no lloras, Nemie? —preguntó con curiosidad, mirando a la niña.

Esta elevó la maravilla de sus grandes ojos y una tenue sonrisa distendió sus labios.

—Yo no.

—¿Por qué, Nemie?

—Porque siento igual. ¿Por qué voy a llorar? Mi llanto produciría a papá un dolor mayor. ¡Y ya está bastante dolorido!

—¿Es que puedes contener el deseo de llorar, Nemie? —pregunto de nuevo, terco y despiadado.

—No es que lo contenga, Lawrence, es que no tengo deseos de hacerlo.

—¿Nunca has llorado?

—Nunca. Siento un dolor aquí —murmuró inocentemente, señalando el corazón—, pero no puedo llorar.

—¿Y por qué? —insistió él.

—Porque no puedo. Además, las personas que lloran son débiles, y mamá siempre decía que yo era fuerte.

—¿Fuerte tú? —chilló Lawrence con burla—. Si eres frágil como una florecilla.

—Mamá se refería a la fuerza del espíritu.

—¿Y sabes tú acaso lo que es el espíritu?

Nemie abrió los ojos desmesuradamente y se quedó suspensa. Había una gran congoja en su faz. Una crispación horrible en su boca. Estaba sufriendo mucho aquella criatura, pero Lawrence no se percató de ello.

—No, no lo sé —confesó calladamente—. Pero es igual. Mamá lo decía.

—¡Aaah! —desdeñó Lawrence, propinándole un puntapié—. Eres una niña estúpida e ignorante.

Y se fue al lado de Perla, a quien consoló a su modo.

Todo había pasado ya. En el castillo no se celebró la recepción anunciada, mas dos días después dieron una gran fiesta, como si el dolor de Jusepp ya hubiese desaparecido. Y Jusepp, hundido en la silla junto a la ventana, tenía los ojos clavados en la noche, en dirección al recinto donde estaba ella. Su dolor era infinito pero nadie lo comprendía así. ¡Qué sabían ellos! Aquella fiesta estruendosa en el parque producía en Jusepp un amargor indescriptible. Por allí ha-

bía pasado ella dos días antes para no volver jamás, y en el castillo la vida continuaba plácida y amable, como si su dolor ni tuviera razón de ser. ¡Su dolor...!

«Hay que resignarse, Jusepp.» ¡Resignarse! Como si ello fuera posible.

—¡Papá!

—Cuida mucho de tu hermano, Nemie —dijo el padre, sin levantar la cabeza—. Si yo algún día os falto, ve a ver a *lady* Cutlar. Ella os ayudará.

Nemie saltó del lecho y fue a acurrucarse en la piernas largas y fuertes.

—No puedes faltarnos, papá. ¿Qué sería de León?

—¿Y de ti, mi querida Nemie?

La niña movió la cabeza.

—Eso no importa, papá. Sólo importan León y Perla.

—Perla ya está situada. Faltas tú, Nemie. Y León será hombre algún día. La más necesitada de cariño y apoyo eres tú, porque eres también la más resignada y la más noble. Te pareces a ella, Nemie; por eso yo te quiero tanto.

Hablaba calladamente, mientras acariciaba la cabeza de cabellos muy negros de la pequeña. La música llegaba clara y vibrante hasta ellos. Nemie, por primera vez, sintió que algo humedecía sus ojos y se preguntó si no sería tan fuerte como aseguraba su madre.

—Si yo os falto, Nemie, tu irás al castillo...

—No, papá. Quiero quedarme a tu lado. Tú no puedes faltar nunca.

Los labios de Jusepp se entreabrieron en una débil sonrisa extraña. Enmarcó después el rostro de Nemie entre sus manos y lo alzó.

—Sé siempre fuerte, Nemie —dijo despacio—. Fuerte y bondadosa. Nunca dejes de ser buena, Nemie.

—¿Por qué hablas así, papá?

—Escucha, Nemie. Eres muy pequeña y no comprendes ciertas cosas, mas yo debo abrir tu inteligencia porque es mi deber. No sé por qué te hablo así. No lo sé yo, ¿cómo

quieres que te lo explique a ti? Siento como si la casa se me cayera encima, como si tu madre estuviera aquí y me reprochara mi inmovilidad. Tengo deberes, Nemie. Deberes para con vosotros. Y no puedo consumirme en este rincón de Inglaterra. Debo salir, trabajar, ganar dinero. Aquí estoy vegetando. Antes estaba ella, ahora estáis vosotros; pero no es lo mismo. Yo quisiera que tú llegaras a ser una gran dama. Como *lady* Cutlar, como ella...

—¿Quién es ella, papá?

Los ojos de Jusepp se agitaron. Miraron a lo alto y sus labios se movieron.

—Perdona, Ali. Nemie debe saberlo y es mejor que lo sepa ahora.

—¿Qué dices, papá? ¿Por qué hablas con mamá, si no te oye?

La mano de Jusepp, ancha y grande, cayó sobre la cabeza infantil y la acarició una y otra vez.

—Mamá siempre me oirá, Nemie. Ella está en el cielo oyéndome y mirándonos. Me refería a Perla, Nemie.

—¿A mi hermana?

—No es tu hermana, Nemie —declaró Jusepp con voz bronca—. Es hija de una mujer que murió... Tú no puedes comprender estas cosas, Nemie. Te lo digo porque el azote de la humillación quizá te aprese en la persona de Perla, y no quiero que lo soportes pensando que es tu propia hermana quien te azota. Ella tampoco lo sabe, pero algún día lo sabrá. Es una Cutlar, Nemie. Es una Cutlar como *lord* Lawrence y como su madre. Nació un día cualquiera tres años antes que tú. *Lady* Cutlar la trajo aquí y después la llevó... Es hija de una hermana de *lady* Cutlar, que murió en el destierro...

—¿Y eso qué es, papá?

—Sólo quiero que sepas que no es tu hermana y que guardes siempre el secreto. Y ahora, Nemie, vas a llevar a *lady* Cutlar una carta. Una carta que yo escribiré esta noche.

—¿Y debo llevarla ahora mismo, papá?

—No, Nemie. Ahora te acostarás. Y mañana, cuando te levantes, lleva la carta y a tu hermanito en brazos. Yo me iré de viaje mañana y no estaré.

Dos

Lawrence se topó con Nemie en el jardín.

—¿Adonde vas, Nemie? —preguntó soberbio.

—A ver a *lady* Cutlar.

—Es casi seguro que mi madre no tiene deseo alguno de verte a ti.

León agitó sus menudos bracitos y Lawrence soltó aquel «¡Aaahh!» tan característico y tan repulsivo.

—Es un niño endeble y morirá como tu madre. ¿Sabes, muchacha? Todos debierais morir. No os necesitamos para nada en el castillo. Nos basta Perla.

—¡Perla!

—Sí, sí. Digo Perla. No se parece a vosotros. ¿Sabes lo que es tu padre? Un gusano del jardín, y tu madre... —El cuerpecito de Nemie se agitó.

—No hables de ella, Lawrence. Mamá era una mujer muy buena.

El heredero se aproximó lento e inclinó la cabeza hasta rozar con sus cabellos el rostro pálido de la niña.

—Tu madre está bien muerta. Ojalá muriera también tu padre. ¿Sabes lo que yo haría después con tu carita dulce? La aplastaría así.

Y pisó fuerte sobre el césped, alejándose luego majestuoso y soberbio.

Nemie, con los labios muy apretados, lo miró por espacio de una fracción de segundo. Después agitó su linda ca-

beza de muñeca de bazar y ascendió por la escalinata de servicio.

—¿Qué deseas, Nemie? —preguntó amablemente el ama de llaves, que quería a Nemie entrañablemente.

Cierto es que a Nemie la quería todo el mundo en el castillo. La misma *lady* Cutlar amaba a aquella linda muñeca de carne que tenía el sentido común de una damita. Era dulce Nemie, dulce, buena, cariñosa, y no se alteraba jamás, todo lo contrario que su hermana Perla, que era altiva, fría y déspota, como... el mismo *lord* Lawrence.

—Traigo una carta de mi papá para *lady* Cutlar.

—*Lady* Cutlar duerme aún, Nemie. Pero ven hasta la cocina. ¿Has desayunado?

—Mi hermanito no.

—¿Y tú, Nemie?

La nena se sonrojó.

—Ven —murmuró la mujer, enternecida—. Vais a desayunar los dos.

La condujo a través de la estancia y después ambas perfilaron su figura en el umbral de la cocina. Nemie había estado allí muchas veces, pero siempre, invariablemente, la impresionaba la agitación que reinaba en la cocina, donde muchos criados, llevando bandejas y otros utensilios, iban de un lado a otro, saliendo y entrando sin interrupción.

Al ver a Nemie todos corrieron hacia ella, le quitaron al niño de los brazos y la besaron.

—Eres un sol, Nemie —dijo, admirada, una doncellita—. Nunca he visto niña tan dulce y tan linda como tú.

Cuando Nemie estaba desayunando tranquilamente, unas manos delgadas y morenas asomaron por el alféizar del ventanal. Tras de las manos, asomó la cabeza enmarañada y después unos ojos burlones y crueles.

—Mira, Perla —dijo la voz del heredero—. Tu pordiose-ra hermana comiendo en la cocina.

La cabeza rubia de Perla asomó tras él.

—¡Abajo los dos! —chilló la cocinera—. Se lo diré a *lady* Cutlar tan pronto como se levante.

—Cállate, cotorra —chilló Lawrence, enfurecido—. Soy el amo y puedo hacer lo que me dé la gana. Y ten cuidado con lo que dices, si no quieres salir disparada hacia el cementerio.

La cocinera iba a protestar, pero el ama de llaves, que entraba de nuevo, le hizo un gesto significativo

—Lord Lawrence debe ir al gimnasio. Lo espera el profesor. Y la señorita Perla a su estudio.

—Será si nos da la gana.

—Milord es descarado —comentó pausada el ama de llaves.

—Ten cuidado con lo que dices, Ketty. No olvides que soy el amo.

—Milord está en su derecho al reprenderme.

—Así está mejor. —Miró a Perla y sonrió. —¿Vamos, Perla?

Se fueron los dos.

Hubo un murmullo en la cocina y los brazos de la cocinera se agitaron desesperadamente.

—A callar —ordenó Ketty—. En realidad, dentro de muy poco estaremos todos supeditados a su tiranía, y justo es que ya nos vayamos acostumbrando.

—Cuando él venga ordenando yo no estaré aquí —dijo la cocinera, que era negra y gruesa y tenía un genio de mil demonios.

—Estarás, Neri. Claro que estarás. —Miró a Nemie, que las oía en silencio, y añadió dulcemente—: Vamos, Nemie, *lady* Cutlar te espera en su saloncito particular. Deja a León con las doncellas. Lo cuidarán bien.

Lady Cutlar tendría a la sazón unos cincuenta años, o quizá menos, a juzgar por la tersura de su piel, que contrastaba con los cabellos grises. Al ver a Nemie se levantó. Era alta,

muy esbelta y vestía un elegante salto de cama. La estancia era lujosa, con un lujo que deslumbró a la figura infantil, cuyos ojos iban de un lado a otro buscando dónde apoyar su mano.

—Hola, Nemie —susurró la dama, bondadosa—. Siéntate a mi lado y dime lo que deseas de mí.

—Traigo una carta de mi papá.

La dama frunció el ceño.

—¿De tu papá? ¿Dónde está Jusepp?

—Ha salido de viaje, milady.

—No creo haberle dado permiso, Nemie.

La niña se sonrojó.

—Dame la carta. Veamos qué se le ocurre a tu padre.

La niña extrajo un sobre del bolsillo de su delantal y se lo entregó a la dama. Esta leyó. A medida que leía, su ceño se fruncía más y al fin, arrugó la carta entre sus dedos, miró a Nemie, después a lo lejos, y de nuevo posó los ojos en el pliego, que desarrugó con cierto nerviosismo. La carta decía así:

«Respetada milady:

»Cuando mi hija Nemie le entregue este sobre, yo estaré lejos. Me voy, milady. Ruego a usted me perdone. La casa donde viví con Alicia se me hace insoportable ahora que ella me falta. A usted le confío mis dos hijos. Espero, milady, que sepa pagar el bien que en otra ocasión le hice. Recuerde, milady, que cuando mi mujer trajo al mundo un ser muerto, usted me buscó para engañar a mi propia esposa. Ella se fue sin saber que Perla no era su hija. A raíz de entonces mi esposa enfermó. Hubo otra niña, pero esto no bastó para que yo olvidara el dolor que me produjo aquel, otro que nació muerto y en cuyo lugar milady y yo colocamos a la hija de... Perdone, milady. Mi condición de servidor de su casa no me da derecho a exigir una recompensa en pago a mi silencio; tal vez le parezca un malvado, pero

no lo soy. Busco el bienestar de mis dos hijos, y es milady quien puede ampararlos. Sólo milady, y por eso yo recurro a ella. He dicho que mi condición de servidor no me da derechos, pero sí me los da mi condición de padre y, como padre, exijo amparo para mis hijos a cambio de mi eterno silencio.

»Algún día volveré. El poder del dinero es infinito, milady, y yo voy en su busca para dar a mi hija Nemie lo que le faltó a su madre. Muchas veces he intentado huir lejos, lejos, a buscar el remedio para mi esposa. No lo hice porque ella estaba aquí y yo la amaba, pero ahora... Milady cuidará de mis hijos mientras yo salgo al encuentro de la fortuna. No sé cuándo volveré ni si volveré siquiera. Cuide de mis dos pequeños. Se lo pido en nombre de la madre de Perla, a quien no conocí pero a quien usted lloró mucho tiempo. Y algo más, milady. Nemie es una niña de siete años, pero pronto será una mujer. Suponiendo que algún día la altivez de Perla, su sobrina, azotara la humilde condición de Nemie, y para evitar que esto pudiera ocurrir y mi hija se viera humillada por su propia hermana, le hice saber que Perla no tiene absolutamente ningún parentesco con ella. Es una forma como otra cualquiera de evitar dolorosos sufrimientos que pudieran ser decisivos en la vida de mi querida Nemie. No tema, milady. Nemie es callada, comprensiva y razonable. Antes se dejaría matar que confesar lo que su papá le ordenó callar. Adiós, milady. Ruego de nuevo sea usted bondadosa con mi pequeña Nemie y tolerante para mi León. Respetuosamente, a sus pies.

»JUSEPP LEMAIRE.»

Un cúmulo de extrañas sensaciones parecieron gravitar sobre el rostro de la dama. Después, con lentitud, guardó la carta y dijo:

—Ve a la cocina. Di a Ketty que te conduzca al estudio de Perla. Desde hoy quedas a mi lado con tu hermano,